

TERCER PUESTO

Batalla



Edisson Camilo Becerra Gómez
Administración de Empresas
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
edisson.becerra@uniagustiniana.edu.co



*En memoria del abuelo Vicente.
Por todas esas hazañas de su vida.*

Nuestra vieja amiga

Era una mañana clara de julio de 1938, en el hermoso valle de Miraflores en Boyacá, uno de los más hermosos departamentos colombianos. Caminábamos por el bosque con mi mamá, Celina Umaña, mi hermano Luis y mi perra, que tenía como nombre Batalla. Yo era un joven estudiante de educación secundaria, poco me gustaba hacer tareas pero sí me encantaba leer; ahora estábamos en vacaciones y debía ayudar a mamá con los quehaceres de la casa. Estos viejos bosques eran muy agradables, ricos en frutas silvestres y hogar de muchas aves que alegraban nuestro caminar con su canto, a cada paso que dábamos, sonaban como chasquidos las pequeñas ramitas y las hojas secas quebrándose bajo nuestros pies. Recogíamos leña para alimentar los fogones de la estufa, una tarea verdaderamente ardua y que poco le gustaba a mi hermano, lo notaba por su mala cara; sin embargo, el día era hermoso, algunos toches cantaban y se podía oír claramente el sonido del agua proveniente de la quebrada Batatal. Sencillamente amaba y disfrutaba los días en el valle.

Batalla permanecía todo el tiempo al lado de mamá, siempre olisqueando el piso en busca de rastros de animales, ya que a veces cazábamos conejos silvestres para la cena. Ella tenía seis años de vida y un aspecto viejo y cansado, ya no jugaba como lo hacía antes conmigo y mis hermanos, ahora solo dormía la mayor parte del día; aprendió a cazar, a vigilar el gallinero y cuidar para que no entraran los zorros, como también a recoger todo sobrado que se salía de los cuencos de nuestra comida y caía al piso. Siempre daba muchas vueltas antes de echarse en las viejas ropas que tenía por cama que, a propósito, era cálida y confortable puesto que estaba

junto al fogón de leña de la estufa. Se dejaba caer súbitamente en la cama y lanzaba un resoplido para quedarse dormida. En algún tiempo su pelaje fue negro; hoy era una mezcla de mechones blancos entre el negro profundo, creando la impresión de que se hubiera revolcado en la ceniza, era duro y le daba un aspecto hosco, pero a nosotros ya nos parecía normal, así aceptábamos y queríamos a nuestra vieja amiga. Sin duda alguna, Batalla era un miembro más de nuestra familia.

Estaba absorto en mis pensamientos, deseaba vivir en el valle para siempre; sin embargo, los adultos hablaban continuamente de las peleas y guerras entre los políticos conservadores y liberales, cuya violencia cada vez forzaba a más personas a irse del pueblo. Lo sabía porque en la escuela dejábamos de ver a algunos niños y, a veces, de regreso a casa, notábamos cómo salían con las mulas cargadas, con rumbos lejanos hacia donde no volvería a verlos. Yo no entendía de política y no quería saber de nada de eso.

Cajuches

—¡Vicente, tu hermano va a coger las espinas! —Me alertaba mamá para que acudiera en ayuda de mi torpe hermano.

—¡No cojas las ramas con puntas! —Le dije a mi hermano Luis en tono regañón, mientras lo sacudía por el brazo— ¡Y no vayas a llorar!

—Ayuda a tu hermano a atar la leña, parece que en un rato lloverá, nos devolvemos para la casa —me decía mi mamá mientras se cargaba en la espalda el pesado bulto de leña seca que aguantaría apenas unos dos o tres días para alimentar los fogones.

A veces, mi mamá podía predecir el clima con solo mirar al cielo. Ella decía que si las aves se alborotaban sería porque se avecinaba el agua, y justo ahora era así, las aves revoloteaban sobre las copas

de los arboles lanzando trinos de alerta cerca de sus nidos; por lo pronto debíamos volver a casa.

—¿Dónde esta Batalla? —Preguntó mamá.

Terminando de hablar, le oímos ladrar cerca y mi mamá le gritaba para que viniera pero no obedecía.

—Nos tocará ir a buscarla —dijo un poco molesta, mientras terminaba de acomodar en su espalda la pesada carga de leña.

Empezamos a caminar; mamá llevaba un buen paso a pesar del peso en su espalda y, al poco rato, guiados por los ladridos de Batalla, comenzamos a seguir un sendero poco marcado, pero demasiado ancho para ser camino de zorros o conejos, el cual me causó curiosidad aunque no reparé en ello y seguí caminando detrás de mamá, tomado de la mano de mi hermano. A cada paso, se hacía más densa la mezcla de ramas que se entrelazaban entre sí, batallando en una carrera por obtener la luz del sol, que se colaba por en medio de las hojas de los arboles más grandes.

Tras caminar unos tres o cuatro minutos, llegamos a un pequeño claro del bosque. Aún recuerdo claramente la escena, olía horrible y fuerte, como las cocheras de los cerdos, los arbustos estaban aplastados contra el piso, un árbol de Pomarrosa silvestre, al fondo del pequeño claro, tenía marcas como si algo lo hubiera raspado. No entendía qué había pasado allí, hasta que mi mamá, en tono sorprendido y con un tinte de preocupación, dijo en voz baja: “cajuches”. De inmediato, sentí frío el estómago y como si se quedara vacío repentinamente, el miedo se apodero de mí, puesto que estábamos cerca de un nido de cajuches. Lo sabía porque mamá me había hablado de ellos; son animales temperamentales, su aspecto es un poco parecido a un cerdo con dientes grandes y afilados, algunos de los más viejos tienen colmillos prominentes y los clavan en sus presas embistiéndolas, su pelaje es duro y como agujas que,

si se te clavan, te hacen doler por semanas, además, son grandes, fuertes y lanzan gruñidos que te hacen temblar.

Nunca había estado cerca de un cajuche, de vez en cuando veíamos desde lejos rondar alguno con sus crías cerca de la casa, pero mamá hacía sonar estruendosamente las tapas de las ollas y se alejaban corriendo.

Allí, en aquel pequeño claro del bosque, encontramos a Batalla, que estaba rabiosa, tenía las orejas paradas y la cola recta, se agachaba y gruñía como cuando iba a atacar a los zorros en el gallinero, latía en toda dirección y con cada ladrido pegaba un pequeño salto. El piso estaba revolcado y un poco polvoroso, lo que indicaba que habían estado allí hace poco y podrían seguir cerca. Mamá cogió una rama y espantó a Batalla para que no ladrara más, pero seguía sin hacerle caso; rápidamente soltó la leña que rodó montaña abajo y alzó a mi hermano, con un ligero empujón en mi espalda me indicó la dirección por la que debíamos huir y empezamos a correr. Sin embargo, ya era tarde.

¡Empezó a llover!

De entre los matorrales, y por detrás de nosotros, saltó una enorme bestia negra con colmillos prominentes y pelaje denso; llegaba un poco más arriba de mi ombligo, rebufaba mientras arrastraba una de sus patas por el suelo, agachando la cabeza como lo hacen los toros cuando están bravos. Batalla lo encaró y se lanzó a morderle las patas, pero nuevamente mamá me empujó y yo sentí ganas de llorar porque mi pobre amiga Batalla sufriría mucho en este combate, si no era que moría, y yo no la podía ayudar; solamente debía correr.

—¡Vicente, busca un palo grueso! —Me grito mamá con apuro, ahora que nos habíamos detenido cerca del río.

Entonces, sentó a mi hermano en una alta división en forma de Y en un árbol de tronco grueso; ya habíamos corrido bastante y apenas logré conseguir el palo, mamá me lo quitó y me gritó que me subiera al árbol y me quedara con mi hermano. Vi en la cara de mi mamá el desespero, el miedo y la angustia que sentía, sabía que ella solo buscaba protegernos y que con ese palo arriesgaría también su vida por hacerlo. Todo esto también significaba que no dejaría atrás a nuestra amiga Batalla, por eso no cruzamos el río, porque mamá pelearía a su lado para que regresáramos a casa juntos.

Un resplandor blanco surcó el cielo, el rugir del trueno dejó caer las primeras gotas de lluvia y pronto su sonido sería un ensordecedor zumbido, que estallaba del forcejeo entre las gotas que caían y las hojas de los arboles intentando no dejarse desprender y caer al suelo.

Antes de trepar al árbol, me llené de piedras lo bolsillos pues era la única forma que se me había ocurrido para poder ayudar en el combate, en caso de que fuera necesario. Mamá me indicó que vigilara por si veía a Batalla aproximarse por la ladera de la montaña o a algún cajucho, mientras ella observaba la ribera del río, por si cruzaban por allí.

—Batalla es vieja y lista como tu madre —me dijo mamá, pues sabía que temía por ellas.

La lluvia ya empezaba a arreciar y a empaparnos la ropa, mi hermano Luis empezó a llorar y junto con él mis ojos dejaron caer algunas lágrimas que se mezclaron con la lluvia. No podía evitar pensar en todas las cosas malas que podrían suceder, quería ayudar, quería ser grande y fuerte para proteger a mi mamá y mi vieja amiga Batalla.

De repente, vi un rápido movimiento en los arbustos de la parte alta. Batalla venía hacia nosotros y detrás de ella corrían dos de las

enormes bestias; mamá gritó y aumentó mi preocupación, desesperadamente lancé una piedra contra una de las bestias y no logré pegarle pero sí llamé su atención. Ahora el enorme animal se dirigía hacia nosotros, corría muy rápido; Batalla pareció darse cuenta y cambió de rumbo, se dirigió al río como intentando deshacerse del animal que la seguía, pues estos le temen al agua. Así fue, Batalla saltó sobre dos rocas sin dejarse caer al agua y hasta allí el gran animal no podía seguirla, por lo que cambió de rumbo y se perdió de nuevo entre los arbustos.

Cuando el gran cajuche cambió de rumbo, Batalla corrió de nuevo hacia nosotros. El otro cajuche, que se dirigía directo hacia mamá, ya había avanzado bastante puesto que la roca que le lancé había provocado su ira; se aproximaba corriendo ladera abajo mientras que yo tiraba más piedras. No sé cuántas lancé, solo sé que logre asestarle dos golpes en el lomo y, sin embargo, la negra bestia seguía corriendo como si una gota de lluvia la hubiera impactado.

Mamá tomó el palo con sus dos mano y situó cada una cerca de la punta, inclinó su cuerpo hacia adelante y se preparó para recibir la embestida; interpondría entre ella y el animal aquel pedazo de madera, que se veía un poco desgastado, y noté cómo tensionaba su cuerpo y situaba un pie por debajo de la hojarasca del piso. En ese momento no supe por qué lo hacía, pensé que buscaba tierra firme para no resbalar con el impacto, pero mamá tenía razón, era vieja y muy lista.

Cuando el animal venía a una distancia media, mamá levantó el pie como pateando el piso y consigo levantó una mezcla de hojas, barro y agua, que se interpuso entre ella y la bestia. El animal seguía su carrera buscando embestir a mamá, pero ella ya estaba preparada y tenía un plan; rápidamente sus manos cambiaron de posición y con las dos puso el palo en alto, tomándolo por un solo extremo, como si de una espada se tratara. Irguió completamente su cuerpo, el animal ya traspasaba la barrera que mamá había

hecho con su pie y sin darse cuenta había caído en la trampa de mi astuta madre, ya no podía reaccionar, su pesado cuerpo y el impulso no le permitieron cambiar el rumbo y mi madre, con un gesto de ira y coraje, dejó caer el pesado palo, con toda la fuerza que le permitía imprimirle su cuerpo, justo sobre la cabeza del animal, que de inmediato lanzó un chillido y cayó súbitamente. La gran bestia quedó rodando sobre su panza por el enlodado suelo y su propio peso la empujó casi hasta el borde del río.

En ese instante, Batalla completó su carrera y llegó hasta nosotros, olisqueó con cautela el gran cajucho que yacía junto a la ribera del río y regreso hacia mamá, jadeando y con gran agite. A juntas se les notaba el cansancio y vi del rostro de mi madre salir una de esas sonrisas que te hacen sentir en casa, pero no me la dedicó a mí ni a mi hermano, sino a nuestra aliada y gran amiga, Batalla.

Mamá rasgó del borde de su falda una tira de tela y con ella y una rama gruesa ató las patas del animal, así, si llegaba a despertar quedaría inmóvil y no representaría un gran riesgo nuevamente; sin embargo, la tranquilidad no duró tanto.

Batalla se puso de nuevo alerta y ladraba hacia la parte alta de la montaña, mi madre se puso en pie rápidamente y buscó el grueso palo que le servía como arma, entonces vimos venir corriendo nuevamente el segundo cajucho que Batalla había despistado en el río. Nuestra vieja amiga ya no corría, solo se puso en posición de combate y a su lado mi madre de nuevo tomó el palo en frente por cada extremo y juntas esperaron la gran bestia que superaba en tamaño a la anterior.

El amor de una madre

La lluvia había arreciado y el río a nuestras espaldas empezaba a crecer amenazante, el cielo rugía y parecía más aterrador que siempre; el viento empujaba los árboles haciendo que las ramas

chocaran entre sí y todo parecía una película de terror. Sin embargo, nadie se fijaba en ello. Yo, en medio del pánico, me preguntaba si vendrían más cajuches, si quedaríamos aquí atrapados, sin más ayuda que la sabiduría de mamá y la valentía de Batalla.

El gran cajuche parecía terriblemente furioso y, a pesar de la distancia, logré escuchar que resoplaba y rebufaba; sin embargo, no atacaba, solo se limitaba a chocar las patas contra el suelo de forma amenazante y correr en círculos pequeños aproximándose un poco y retrocediendo rápidamente. De repente recordé que en nuestra casa ya había visto esto, los animales se comportaban así cuando alguna de sus crías estaba lejos de ellos, lo que me hizo preguntarme si acaso aquel pesado y terrible animal que permanecía en el suelo junto a nosotros sería la cría del que, amenazantemente, lanzaba desesperados gruñidos.

Al parecer, mamá también se percató de ello y retrocedió un poco, con un vistazo rápido volteó a ver el animal tirado en el piso para asegurarse de que seguía allí.

—¡Vicente! —Me llamaba mamá en tono firme.

—¡Señora! —Respondí formalmente, como me había enseñado mi maestra.

—Este animal es la cría del otro —decía, refiriéndose al cajuche que ya había derrotado, mientras lo señalaba sutilmente con el codo en un ligero movimiento sin perder de vista su contrincante.

—Sí, mamá —respondí de inmediato.

—No se va a ir hasta que le dejemos ir la cría, pero no podemos soltarlo o podría atacarnos.

Nuevamente, volteé a ver hacia el río, había crecido bastante; sus aguas turbulentas producían un ruido ensordecedor y en ese momento vi a alguien del otro lado haciendo señas de saludo agitando de lado a lado por sobre su cabeza una rama. Tardé unos

instantes en reconocer la figura y deducir que era mi hermano Emilio, mi hermano mayor. Él era muy habilidoso y sabía defenderse solo, una vez incluso sobrevivió solo por varios días en estos bosques. Mi hermano era astuto y fuerte, por lo que me causó una gran alegría y un alivio verlo; sin embargo, no podía llegar hasta nosotros, ya que la fuerte corriente del río, que llevaba piedras y troncos consigo, podía ahogarlo o herirlo gravemente.

—¡Emilio está del otro lado del río, Mamá! —Le dije a mi mamá mientras lo señalaba.

Ella lo miró con la cara llena de alegría y supuse que también sentía alivio como yo. Rápidamente me volteé de nuevo hacia mi hermano, mostrándole muy enérgicamente el lugar en el que permanecía tumbada la cría del cajucho; Emilio se estiró para lograr verlo y, al darse cuenta, aumentó su preocupación, miró hacia el río y retrocedió un poco, pensé que se lanzaría para cruzarlo, sin embargo, no lo hizo, así que miró nuevamente hacia la parte alta y comenzó a correr río arriba, mientras hacía un gesto para que lo esperáramos, de la misma manera que la mamá Cajucho esperaba a que su cría despertara.

Esto hizo que surgieran nuevamente varias preguntas, ¿acaso esta mamá sentía preocupación y tristeza al ver a su hijo tumbado tras la lucha con mi mamá?, ¿acaso pretendía protegerlo al igual que lo hacía ahora mi mamá conmigo y mi hermano?, ¿podría ser que esos gruñidos fueran de angustia, tristeza y desesperación por su cría?

Las respuestas no podría saberlas, sin embargo, me sentí muy mal al pensar que estas dos madres querían proteger a sus hijos, ambas por instinto, por amor y solo porque querían lo mejor para ellos. Justo en ese instante, encontré el valor de los regaños de mamá tratando de enseñarnos a mis hermanos y a mí las cosas que ella a su vez aprendió de mi abuela. Comprendí que ella nos amaba al punto de arriesgar su integridad en esta lucha solo para

protegernos. Sentía oprimido el pecho de solo pensar en lo duro que ella trabajaba cada día para poder servir en nuestra mesa un plato de comida caliente, para poder mantenernos bajo un techo seguro y seco. Recordaba cada una de esas veces en las que, a pesar de estar enferma, se levantó para alistarnos, preparar nuestras meriendas y llevarnos hasta la escuela. En ese momento comprendí que una madre ama sinceramente a sus hijos y dedica su vida a buscar lo mejor para ellos.

Un fuerte ruido me sacó de mis pensamientos, la lluvia había menguado un poco pero seguía tronando fuertemente, el enorme cajucho había decidido atacar, corría zigzagueando ladera abajo y Batalla se adelantó también corriendo a su encuentro. Cuando se había aproximado lo suficiente, se agazapó y saltó por un lado del enorme cajucho; una vez que pasó por su lado, saltó de nuevo y mordió una de las patas traseras de la enorme bestia que lanzó un resoplido cuando juntas cayeron rodando montaña abajo. Entonces, Batalla se puso en pie rápidamente y el pesado animal se demoró unos instantes más; mientras tanto, Batalla se había posicionado en la parte más alta del tronco de un árbol caído y saltó directamente hacia el cuello del cajucho, que se sacudía intentando quitarse de encima a nuestra vieja amiga. La pelea era intensa pero al menos la lluvia cedía un poco.

Justo cuando parecía que Batalla sería la vencedora de este combate, el pesado animal hizo algo inesperado: con las fuerzas que le quedaban, se puso en pie y se lanzó en ristre contra batalla, puso su cabeza abajo y embistió a nuestra gran amiga, a quien el cansancio no le permitió reaccionar y con resignación esperó la embestida.

Batalla lanzó un chillido de dolor, mientras que mamá y yo gritábamos impotentes; de los ojos de mi madre se desgarraron lágrimas que reflejaban la gravedad de lo que pasaba. Yo sentía mucha rabia y le pedía a Dios que todo acabara pronto, lloraba con ira y

desesperación, todo era como una pesadilla y me acurruqué abrazando mis piernas para evitar ver más. De repente, no sé cómo, mi hermano Emilio apareció por entre los arbustos, traía consigo una sogá y la pala con la que había estado trabajando en los cultivos, rápidamente pasó la mirada por todos nosotros hasta que halló a Batalla y al cajuche que embestía a nuestra amiga una y otra vez y con cada golpe le hacía emitir gemidos de dolor. Al parecer, a mi hermano también le dio mucha rabia, en su rostro se notaba cómo se llenaba de coraje y con determinación aventó una gran roca hacia el animal, lo que llamó su atención y permitió que pudiera asestarle un gran golpe con la pala por el lomo, lo que hizo que el animal cayera al suelo sin energía ni aliento para continuar en combate. Mi madre corrió hacia Batalla y de un salto yo bajé del árbol; mi hermano se dejó caer de rodillas junto a ella y mi madre al verla gritó de nuevo con rabia, puesto que estaba muy herida. Yo traté de aproximarme, pero mamá con un gesto me mandó a quedarme donde estaba.

Mi hermano se quitó la chaqueta y la puso en el suelo extendida, con cuidado intentó alzar a Batalla y ponerla encima, sin embargo, sus chillidos eran tan fuertes que mi hermano apuró el movimiento para no causarle más dolor. Recuerdo que mi hermano Luis también bajó del árbol y se chocó contra el suelo tragando un poco de barro.

—Hay que llevarla pronto a casa —dijo mi mamá a mi hermano Emilio.

—Tal vez no aguante, está sangrando mucho —contestó mi hermano mientras miraba a Batalla entre su chaqueta un poco aterrado y consternado.

—¡Sí aguantará!, llévala con cuidado —dijo mamá, regañando un poco a mi hermano.

—Sí, mamá, démonos prisa.

Mi hermano alzó a Batalla con mucho cuidado y la llevaba envuelta en sus brazos como si de un bebé se tratara. Mi madre tomó una navaja del cinturón de mi hermano y se dirigió hacia la cría del cajucho, su mirada estaba llena de ira, no sabía lo que iba a hacer mamá, pero pensé en lo peor, me interpuse en su camino y le dije que no lo hiciera, pero ella me quitó de un empujón y me gritó que mejor alistara a mi hermano Luis para irnos. Pasó por mi lado y me quedé mirando lo que hacía. Pero, comprendí que, por más ruda que fuera y en ocasiones un poco tosca, en el corazón de mamá reinaba el amor de madre. Con la navaja cortó las ataduras de las patas de la cría, que aún continuaba junto al río, para que cuando despertara se pudiera marchar con su madre que resoplaba cansada y rebufaba muy cerca de donde estaba mi hermano con Batalla.

—Podemos cruzar el río por el alto —aseguró mi hermano Emilio, mientras empezaba a caminar.

—¡Vicente, agarra a Luis! —me dijo mi mamá con la seriedad que la caracterizaba.

Asentí con la cabeza y agarré a mi hermanito de la mano. Cuando cruzamos los arbustos, recogí la soga que traía mi hermano y continuamos caminando, cruzamos el río por la parte alta de la montaña, en donde ya había cesado la lluvia y las aguas empezaban a calmarse. Este regreso a casa me pareció el más largo de toda mi vida y con cada paso que dábamos nuestra vieja amiga Batalla perdía sangre.

¡Por favor, abre tus ojitos!

Llegamos a casa y apenas podíamos ver el camino, parecía que el sol nos hubiera esperado para guiarnos con sus últimos rayos antes de irse a descansar. Los últimos tramos del camino avanzamos a paso muy rápido, casi corriendo, puesto que el bosque quedaba

en completa penumbra al anochecer y no llevábamos con nosotros lámparas de aceite o velas.

Al entrar a casa, el resto de mis hermanos estalló en algarabía, todos hablaban a la vez, unos reían y otros lloraban de hambre, situación que mamá interrumpió con una mirada feroz mientras impartía instrucciones a cada uno. A mi hermano Arturo lo mandó a traer toallas limpias y a mi hermano Jorge agua fresca y limpia, mientras ella avivaba el fuego de la estufa y ponía uno de los fierros a calentar dentro de las llamas. Batalla permanecía dormida, se notaba en su respiración la fatiga y dificultad para tomar aire; mi hermano Emilio vigilaba sus heridas y, al parecer, algunas ya habían parado de sangrar, solo que en su cuello había una gran abertura de la que brotaban chisquetes de sangre a cada movimiento. Al final, resultó que uno de los colmillos del cajucho se le había clavado en el cuello.

—Apártense todos —nos ordenaba mamá para que no estorbáramos a la luz de los candelabros.

Nos ubicamos en torno al comedor, desde donde todos podíamos ver lo que sucedía. Mamá lavó las heridas de Batalla con abundante agua, seguido de lo cual, cortó con unas viejas tijeras de esquilar la mayoría de los mechones del pelaje que se extendían sobre las lesiones y heridas; nuevamente lavó y secó, retiró del fogón el delgado fierro, que se había calentado lo suficiente para que mamá pudiera poner sobre él algunas agujas que enhebró rápidamente con hilo azul. Posteriormente, las pasó por agua y se dispuso a cerrar cuidadosamente la abertura del cuello de nuestra amiga Batalla.

Mamá temblaba y sudaba; al terminar de coser, espolvoreó un poco harina de maíz sobre la gran herida que ya había dejado de sangrar y luego envolvió con tela limpia el cuello y lo ajustó para que, según ella, la presión no permitiera que se abriera de nuevo.

Terminado esto, dejó a batalla muy bien abrigada y cómoda en su cama para que descansara, aunque ella aún respiraba con bastante dificultad.

Lavamos y limpiamos la sangre derramada, recogimos los mechones de pelo cortados y nos dispusimos a cenar, nadie hablaba, nadie reía y mis hermanos no se atrevían a preguntar lo que había sucedido. Esa noche todos nos fuimos a la cama en silencio, estoy casi seguro de que en nuestras oraciones mis hermanos y yo elevamos plegarias por Batalla.

A la mañana siguiente, me levanté temprano, me dispuse a hacer mis deberes, me cepillé los dientes y me bañé el cuerpo, fui a ver a Batalla pero esta aún no despertaba, seguía dormida en la misma posición en que mamá la había dejado la noche anterior. Me percaté de que su respiración había mejorado y las heridas parecían haber secado, sentí alivio a pesar de que deseaba con todo el corazón haberla encontrado despierta.

Mamá me dijo que el agotamiento y la pérdida de sangre por el combate con el cajucho le habían dejado muy débil, y que mis hermanos y yo debíamos dejarla descansar.

—Vicente, ve a llevarle las onces a tu hermano Emilio a los cultivos —me ordenó mi mamá mientras yo asentía con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas—, regresen juntos para el almuerzo.

—Si mamá —respondí mientras recibía de sus manos la mochila con el menaje para mi hermano e iniciaba cabizbajo mi camino.

—Todo estará bien —me dijo mamá a la vez que animaba a mis otros hermanos para que me acompañaran.

Todo el camino recordé y pensé en las horribles cosas que habíamos vivido el día anterior y trataba de animarme pensando que todo ya había pasado. Llegué a los cultivos un poco sediento, repartí sorbos de agua para mis hermanitos y entregué a mi hermano

Emilio su merienda; a su vez, él me preguntó si había alguna novedad con Batalla, a lo que negué con la cabeza mientras acomodaba a mis hermanos a la sombra de un Guamo. Bajé algunas vainas de guama y comimos sus dulces frutos mientras llegaba la hora de regresar para almorzar.

Así transcurrió también el siguiente día y el siguiente, hasta que en la cuarta noche la desesperanza se apoderó de mí. Esa noche me arrodillé en el piso junto a la cama de Batalla y acaricié su cabeza, temía que mi vieja amiga perdiera esta lucha por vivir. Me acerqué a ella y en su oído le imploré que no se fuera y que por favor despertara.

Mi hermano Luis y mi hermanito Jorge también se arrodillaron junto a mí y acariciaron su lomo. Desde el comedor, mi hermano Arturo observaba hasta que rompió el silencio exclamando:

—¡Por favor abre tus ojitos!

En ese momento, mamá dejó caer por sus mejillas algunas lágrimas y se puso en pie para servir más colada de maíz caliente en nuestros cuencos; nos sentamos de nuevo a la mesa, sorbimos la colada caliente y nos dispusimos a dormir llenos de tristeza.

En lo oscuro de sus ojos

Desperté con el cantar de los gallos y el cacarear de las gallinas, aún estaba un poco oscuro pero el sol ya despuntaba sus primeros rayos a través de la pequeña ventana de nuestra habitación. Mis hermanitos pequeños aún dormían y en la habitación faltaban dos personas, una era mamá y la otra era mi hermano Emilio.

Me acomodé los alpargates, fui a cepillarme los dientes y por el camino me percaté que de la cocina provenían algunas risas y las velas estaban encendidas; me acerqué un poco extasiado, de nuevo

tenía fría la barriga, el corazón me palpitaba muy rápido y al llegar a la puerta vacile un poco antes de entrar, sin embargo, mi mano se extendió hasta el pomo de la cerradura y empujé mientras entraba. Al avanzar vi el rostro de mamá iluminado con una gran sonrisa viéndome y al estar completamente adentro vi a mi hermano Emilio con Batalla alzada en su regazo viva y despierta.

En ese instante, todo se detuvo, sentía alegría, mucha alegría, no me salió palabra alguna, tal vez por un momento balbuceé un poco, pero al final mis labios se abrieron en una gran sonrisa, un poco melancólica, ya que las lágrimas no se hicieron esperar. Di algunos pasos y me arrojé sobre mi hermano Emilio y Batalla, la abracé, la abracé como nunca y la envolví con mis brazos sin apretarle pero con mucho amor. Duré así, un instante, asimilando lo que sucedía, era realmente feliz y teniéndola así logré sentir y ser consciente de su agitada respiración, de la rigidez de su pelaje y su característico olor a perro.

Batalla había librado la que tal vez sería su más grande lucha y ella solo nos miraba como si no entendiera lo que pasaba, como si solo esperara que mamá sacara del fogón esa comida que olía delicioso y compartiera un poco con ella, como si ignorara que todos en casa estuvimos tan preocupados porque nuestra vieja amiga siguiera con vida.

Algunas veces, mi maestra decía que los animales no piensan, no razonan y no distinguen sus sentimientos y emociones, pero yo pienso lo contrario. Viendo los ojos de Batalla estoy casi seguro de que ella comprendió nuestra gratitud, viendo esos ojos de color oscuro profundo podría asegurar que Batalla decidió luchar por protegernos, Batalla reaccionó en un humilde acto de valentía y lealtad arriesgando su vida, la misma que estuvo a punto de perder, porque ese vínculo que nos une a un ser querido le empujó a encarar un gran oponente.

Nosotros amábamos a Batalla y estoy seguro de que, aunque ella no pudiera hablar, también nos amaba y con este acto nos lo confirmó. Un día, el cura del pueblo dijo en misa que Dios creó a todas las criaturas por amor y que bendecido sería aquel que aprendiera a cuidar la creación y a entregar ese amor sin distinción. Yo no sé si contaré con la bendición de Dios, pero sé muy bien que Batalla me enseñó que, cuando quieres a alguien, ningún esfuerzo es en vano, que el amor se puede encontrar en cualquier forma, en cualquier situación o presentación, pero debemos ser lo suficientemente humildes para reconocerlo y aceptarlo de quienes por bien nos lo dan.

Batalla vivió varios años más y esta es una de todas las lecciones que nos dejó nuestra vieja amiga y una de tantas hazañas que mi abuelo Vicente vivió junto a ella.

Fin